

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración de Jesús (8)

8 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero reflexionar con vosotros sobre la oración de Jesús en la inminencia de la muerte, deteniéndome en lo que refieren san Marcos y san Mateo. Los dos evangelistas nos presentan la oración de Jesús moribundo no solo en lengua griega, en la que está escrito su relato, sino también, por la importancia de aquellas palabras, en una mezcla de hebreo y arameo. De este modo, transmitieron no solo el contenido, sino hasta el sonido que esa oración tuvo en los labios de Jesús: escuchamos realmente las palabras de Jesús tal y como eran. Al mismo tiempo, nos describieron la actitud de los presentes en el momento de la crucifixión, que no comprendieron —o no quisieron comprender— esta oración.

Como hemos escuchado, san Marcos escribe: «*Llegado el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. Y a las tres, Jesús clamó con voz potente: "Eloí, Eloí, lemá sabactaní?", que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"»* (Mc 15,33-34). En la estructura del relato, la oración, el grito de Jesús se eleva en el culmen de las tres horas de tinieblas que, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, cubrieron toda la tierra. Estas tres horas de oscuridad son, a su vez, la continuación de un lapso de tiempo anterior, también de tres horas, que comenzó con la crucifixión de Jesús. El evangelista san Marcos, en efecto, nos informa de que «*eran las nueve de la mañana cuando*

había visto cómo a los signos de la presencia del Padre y de la aprobación a su camino de amor se unía también la voz clarificadora de Dios. Así, en el episodio que sigue al bautismo en el Jordán, al abrirse los cielos, se escuchó la palabra del Padre: «*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*» (Mc 1,11). Después, en la Transfiguración, el signo de la nube estuvo acompañado por la palabra: «*Este es mi Hijo amado; escuchadlo*» (Mc 9,7). En cambio, al acercarse la muerte del Crucificado, desciende el silencio; no se escucha ninguna voz, aunque la mirada de amor del Padre permanece fija en la donación de amor del Hijo.

Pero, ¿qué significado tiene la oración de Jesús, aquel grito que eleva al Padre: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*», la duda de su misión, de la presencia del Padre? En esta oración, ¿no se refleja, quizás, precisamente la conciencia de haber sido abandonado? Las palabras que Jesús dirige al Padre son el inicio del Salmo 22, donde el salmista manifiesta a Dios la tensión entre sentirse solo y la conciencia cierta de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El salmista reza: «*Dios mío, de día te grito, y no respondes; de noche, y no me haces caso. Porque Tú eres el Santo y habitas entre las alabanzas de Israel*» (Sal 22,3-4). El salmista habla de "grito" para expresar ante Dios, aparentemente ausente, todo el sufrimiento de su oración: en el momento de angustia, la oración se convierte en un grito.

Y eso sucede también en nuestra relación con el Señor: ante las situaciones más difíciles y dolorosas, cuando parece que Dios no escucha, no debemos temer confiarle a Él el peso que llevamos en nuestro corazón, no debemos tener miedo de gritarle nuestro sufrimiento; debemos estar convencidos de que Dios está cerca, aunque en apariencia calle.

Al repetir desde la cruz precisamente las palabras iniciales del salmo, «*Elí, Elí, lemá sabactaní?*» ('Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?') (Mt 27,46), gritando las palabras del salmo, Jesús reza en el momento del último rechazo de los hombres, en el momento del abandono; reza, sin embargo, con el Salmo, consciente de la presencia de Dios Padre también en esta hora en la que siente el drama humano de la muerte. Pero en nosotros surge una pregunta: ¿Cómo es posible que un Dios tan poderoso no intervenga para evitar esta prueba terrible a su Hijo? Es importante comprender que la oración de Jesús no es el grito de quien va al encuentro de la muerte con desesperación, y tampoco es el grito de quien es

los demás. La oración de Jesús moribundo en la cruz nos enseña a rezar con amor por tantos hermanos y hermanas que sienten el peso de la vida cotidiana, que viven momentos difíciles, que atraviesan situaciones de dolor, que no cuentan con una palabra de consuelo. Llevemos todo esto al corazón de Dios, para que también ellos puedan sentir el amor de Dios, que no nos abandona nunca. Gracias.

(Saludo a los peregrinos de lengua española y llamamiento ante la ola de frío y hielo en algunas regiones de Europa)